

Sobrino nieto de la última emperatriz de China, dejó el lujo familiar para descubrir esta tierra gracias a una niñera asturiana

Wan Che-Hsien, de la Ciudad Prohibida de Pekín a Ponticiella para hallar la felicidad

Navia, Jorge JARDON

Ponticiella, aldea de Villayón. Exterior día. Presentación del personaje. En este pequeño pueblo de doscientos habitantes David Wan Che-Hsien pinta. No es un habitante cualquiera. Primer plano de sus rasgos orientales. En la zona todo el mundo le conoce cariñosamente como «el chino de Ponticiella». Plano corto de los ojos. Su mirada revela una intensa vida interior, un pasado sumido en la oscuridad, una gran voluntad y una tremenda bondad.

Cambio a una lujosa mansión de California. Vista del comedor familiar. El patriarca, un rico empresario con industrias en diversos sectores, preside la mesa, mientras los criados sirven la comida. La madre suspira por el regreso de David Wan. «¡Ay!, si nuestro hijo quisiera de nuevo volver a casa. Si no hubiéramos tenido que salir de China...».

Se deja intuir el pasado imperial en China de David Wan. Es el momento de retomar la historia, de acudir con la cámara al pasado y de contar el final de la China imperial y la vida de David Wan. No es ningún guiñón cinematográfico. No es una continuación de la película de Bernardo Bertolucci «El último emperador». Es la historia real de un personaje, emparentado en verdad con el último emperador chino. Pu Yi, que ha cambiado una vida de opulencia con su familia en Estados Unidos por Asturias. Fruto de la casualidad y de una niñera asturiana, descubrió esta tierra. Ahora quiere nacionalizarse, jura que no saldrá de aquí y hay que arrancarle con fórceps las palabras sobre su pasado.

David Wan lleva sangre azul en sus venas. Su vida es tan de película como la del último emperador. Sobrino nieto de la última emperatriz, Wan Rong, ha encontrado en la aldea asturiana de Ponticiella, en el concejo de Villayón, una identificación con las gentes y con el paisaje del lugar de tal fuerza que, si por él fuera, se quedaría a vivir para siempre en este lugar mínimo y apartado.

Por una niñera

La actitud de David Wan ante la vida parece que tiene mucho que ver con ese segundo apellido, Che Hsien, que en chino quiere decir «filosofía y psicología». Filosofía oriental pura es la que parece correr por las venas de este joven chino nacido en Taipei hace 33

años, en el seno de una familia cuyos orígenes están en Manchuria o Manchucuo.

No se arrepiente, en absoluto, sino todo lo contrario, de haber cambiado un país de más de mil millones de habitantes por la rural Ponticiella, de apenas doscientos vecinos, y se siente mucho más feliz haciendo vida con los hombres del campo que disfrutando de las posibilidades que podrían proporcionarle su condición de miembro de la dinastía Wei. Ha renunciado a la espléndida mansión de California por una modesta casa rectoral cargada de frío; de haber vivido entre servidores ha pasado a cocinarse su propio potaje de rabizas y antes de estar al frente de alguna de las fábricas familiares ha preferido la restauración de retablos y de imágenes en algunas iglesias del occidente asturiano.

Junto a la restauración, la escultura y la pintura constituyen la verdadera vocación de David Wan. En este campo, sus inquietudes le han llevado a una continua actividad. Se gradúa en Bellas Artes en la escuela superior de Taipei, en donde comparte la enseñanza con el trabajo y las exposiciones. Después de hacer un «master» en Nueva York vuelve a Taipei, nuevo «master» en la academia de Bellas Artes de Londres y al fin, España.

Encuentro con la nieve

España era para David el gran sueño de su vida, «una idea constante desde la infancia y todo por causa de una niñera que tenía en Los Angeles, y que, además, era hija de asturianos. Los padres de ella», sigue diciendo David, «a quienes yo llamaba abuelos, se contaban historias de aquí, las costumbres y las fiestas asturianas. Incluso hablaban mucho de algo que yo no sabía valorar entonces, el pan de pueblo».

El contacto con Asturias se produce de manera accidental. «En Madrid conocí a Abel, un cura de Laviana, que me invitó a pasar las Navidades a su casa y aún tengo grabado el encuentro con Asturias, porque fue apabullante. Había una gran nevada, de modo que en el puerto la carretera se abría entre dos murallas de nieve...».

Cuando Abel es destinado como cura a la aldea de Ponticiella, David no duda en acompañarle y compartir con él la

David Wan se confiesa enamorado de Asturias y su aspiración sería poder quedarse en la región como profesor de dibujo. El, que ha conocido toda la filosofía oriental sobre la vida, ha venido a buscar la felicidad a la pequeña aldea de Ponticiella, en Villayón.



JORGE JARDON

casa rectoral. Con un nuevo título a sus espaldas, la licenciatura en Bellas Artes por la Complutense de Madrid, monta un modesto taller que le permite proseguir su inclinación a la pintura y a la escultura. De todas formas, su mayor actividad la desarrolló restaurando retablos e imágenes en algunas iglesias de la zona occidental, y como él mismo reconoce, «por ser católico, lo hice por poco dinero». Así que, gracias a la paciente tarea de David Wan, han quedado restaurados los retablos de la iglesia de Canero, el de la capilla de Las Virgines, de Ponticiella, y el de la

iglesia de Castrillón, que fue algo así «como un médico sanar a una persona», ya que los propios vecinos decían «más vale tirarlo a la basura». Al final del trabajo acabó descubriendo que el retablo había sido pintado en 1776.

El pasado imperial

David Wan, que se considera una persona «sensible, abierta, con facilidad para hacer amigos», se muestra, no obstante, nada comunicativo cuando uno intenta hurgar en el pasado imperial de su familia, hecho éste imposible de haber podido descubrir, si no es

por la pista facilitada por un jesuita amigo. «Estamos cansados», explica David, «de recuerdos anteriores». No obstante, confiesa que, efectivamente, está emparentado de manera muy cercana con el último emperador de China, ya que la esposa de Pu Yi, la emperatriz Wan Rong, era hermana de la abuela de David. Como él mismo reconoce, la «emperatriz era tía de mi padre y, por consiguiente, tía abuela mía». De todas formas, y según nos explica, «la relación familiar con las dinastías reinantes en China, tanto por parte de mi padre como de mi

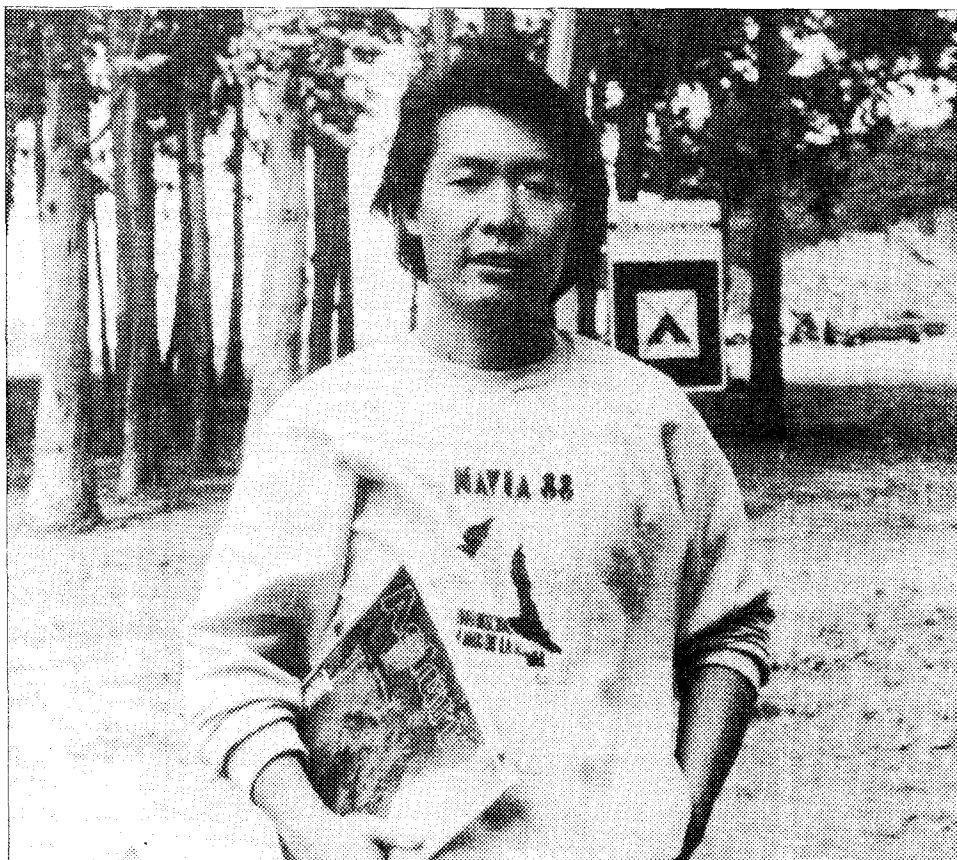
madre, ha sido casi constante desde el siglo V. Nosotros pertenecemos a la dinastía Wei, que ha gobernado en China en muchos momentos de su historia, sin embargo, el último emperador pertenecía a la dinastía Chen, o, si se prefiere, Ching.

Aunque por razones de edad y por las circunstancias no ha llegado a conocer al emperador, ni tampoco a su tía abuela, la emperatriz, tiene algunas referencias de ellos a través de sus padres, que solían frecuentar el palacio imperial en determinadas festividades. Confirma lo que ya es sabido, que «la emperatriz murió loca» y que de ella «hubo un hijo al que mataron». No se pronuncia, sin embargo, cuando se le pregunta por las supuestas perversidades sexuales del emperador o sobre las sospechas de que el hijo no fuera suyo. «Se comentó», dice, «que el hijo era del conductor, pero yo no tengo nada que ver con eso y desconozco estas cosas».

La película de Bertolucci

De su abuela recuerda que vivía en la Ciudad Prohibida, en donde habitaba distintos palacios, según la estación del año de que se tratara. Cuando le preguntamos por la superpremiada película de Bertolucci «El último emperador», manifiesta en general su conformidad, «me pareció bastante bien, aunque mezcla la política demasiado. Por lo que yo tengo oído en la familia, se puede decir que se ajusta en un setenta por ciento a la realidad, el otro treinta puede resultar confuso».

Otro de los aspectos a destacar en David Wan es su renuncia total a la vida cómoda de que podía disfrutar en Los Angeles. Aunque ésta es otra cuestión de la que tampoco quiere hablar y se siente intimidado cuando se le toca el tema, a fuerza de mucha pesadumbre hemos sabido que sus padres estudiaron en la Universidad de Cambridge y que su madre se jubiló como directora de la Universidad de Taipei. En estos momentos, los padres de David Wan viven en Los Angeles, en donde gozan de una situación privilegiada. Habitan una imponente casa con ocho personas a su servicio, y su padre, que tiene ahora setenta y dos años, es propietario de varias fábricas en China y en los Estados Unidos de ropa, poliéster y aluminio.



David Wan deja también muchos amigos en Navia, con los que colaboró en el último descenso de la ría al haber sido el autor del cartel de este año. Y en Navia celebró también la primera exposición que realizó en España.

«Prefiero levantar mi casa con mis manos que pagar a otros para ello»

La oveja negra de la familia

Navia, J. J.

No es de extrañar que la forma de vida de David no sea compartida por la familia. «Soy bastante oveja negra en la familia, ya que a mis padres les gustaría que yo hiciera medicina o algo distinto al arte. Mi padre todavía no me comprende y no asimila mi forma de vivir. Hace un año, aprovechando un viaje de negocios de mi padre a París, nos vimos en Madrid y pasó todo el día tratando de convencerme para que volviera, pero eso ya no va a ser posible».

A pesar de que «el trabajo me da lo suficiente para vivir, aunque sin lujos», no quiere recibir dinero de su familia, porque

«prefiero que cada ladrillo sea levantado por mi propia mano». Le parece perfecto cuando oye a algún paisano decir «esta casa la levantó mi abuelo». La vida en Ponticiella la encuentra maravillosa. «Es un lugar como no existe en el mundo». Por otra parte, «la comida de la zona es estupenda, sobre todo el potaje de rabizas que yo mismo cocino. Lo único malo fue el frío que pasé al principio, pero después compramos una estufa de leña que nos calienta la casa y a cuyo amparo me siento felicísimo. En este lugar no se echa de menos nada y soy más dichoso sentado con los paisanos que habitando cualquier palacio imperial». David Wan, después de dos años y

por circunstancias de la vida, abandona Ponticiella, «un lugar en el que me gustaría pasar la jubilación», pero no deja Asturias. Está haciendo los trámites para adquirir la nacionalidad española y poder entrar como profesor de dibujo en algún instituto asturiano, cosa ésta que resulta imposible viviendo en Ponticiella. Cuando hace unos días se despedía de la gente del pueblo, lloró a escondidas. Junto al recuerdo imborrable de su paso por Ponticiella, David Wan lleva consigo un montón de palabras que maneja con asiduidad. A buen seguro que el «furo de la polilla, chover, chegar, el yoy y el eu» no se le olvidarán jamás. Y un montón de amigos.